
Carlos Otero Díaz

Caracteres esenciales de la agricultura gallega

Cuando a escala internacional se trata de dividir el mundo occidental en países desarrollados y subdesarrollados, se usa por algunos economistas, como el doctor Raúl Prebisch, una locución muy expresiva; y desde este punto de vista se habla de periferia y centros del capitalismo mundial.

Entre la periferia y los centros surgen un complejo de relaciones económicas que redunda finalmente en favor de estos últimos; con lo cual, en la realidad, los países periféricos constituyen simples bases de aprovisionamiento de recursos de los espacios dinámicos, en favor de los cuales se opera una acumulación del valor añadido en los procesos de producción y de cambio.

Este fenómeno, que se produce con generalidad a nivel mundial, tuvo y tiene lugar en España, desde el comienzo de la Revolución industrial y financiera, a escala más pequeña, entre las zonas dinámicas del país y la periferia peninsular, de la que Galicia es la zona más característica.

El proverbial aislamiento secular de Galicia es de un doble carácter: aislamiento físico y aislamiento económico-social.

Lucas Labrada, en su obra *Descripción económica del Reino de Galicia*, escrita a finales del siglo XVIII, se expresaba de esta forma: «Una provincia (Galicia), la mayor parte montañosa, cual es Galicia, con los peores caminos transversales que se pueden

imaginar, mal puede adelantar sin ellos la cultura de las tierras, ni dar salida a sus productos.» Sin comunicaciones internas y aislada del resto del país por barreras geográficas naturales, Galicia constituye a lo largo de varios siglos uno de los ejemplos más claros de economía cerrada y su agricultura un modelo de vida rural autárquica. Dos únicos caminos la comunican con Castilla, igualmente difíciles, uno por el Cebreiro, al norte, y otro al sur, por Orense y Tuy. En el antiguo proyecto de canalizar el Miño (en 1791, reinado de Carlos IV), y de esa forma abrir al mar el interior de la región para transportar las mercancías gallegas a otros puntos de España, se expresa bien claramente la idea de este aislamiento físico.

A este aislamiento natural viene a añadirse la disposición triangular del emplazamiento industrial en España, desde los comienzos de la Revolución Industrial en Cataluña, País Vasco, Asturias y Centro. Las instituciones financieras y comerciales adoptaron un emplazamiento acorde con la industria y con la estructura centralista del Estado español, que desde el siglo XV excluyó a Galicia de las grandes empresas económicas nacionales, de las que el ejemplo más patente es el monopolio del comercio Atlántico, sobre todo con la América colonial, concedido a la ciudad de Sevilla. Hay que llegar al año 1775 para que un Real Decreto de Carlos III autorice el despacho de navíos comerciales transoceánicos desde el puerto de La Coruña.

Este planteamiento previo justifica sobremanera el hecho de que Galicia quedase excluida, prácticamente desde sus comienzos, del progreso industrial y financiero que desde principios de siglo tuvo lugar en España.

Se explica así cómo la actividad económica de Galicia queda reducida en una proporción abrumadora a la actividad agraria. Por esta causa la economía gallega durante siglos es una economía típicamente rural. Siendo la base económica de la región casi totalmente agrícola, no es raro que en ella surjan formas de vida y de cultura vinculadas a esta forma de producción material; es decir: el ruralismo, que aunque es una prerrogativa común a todas las regiones y países en los que la Agricultura es la actividad preponderante, en Galicia tiene contenido genuino que le confiere un carácter singular a esta región, por las razones que más adelante examinaremos.

A principios del último tercio del siglo XVIII, después de la roturación de nuevas tierras, después de las seguridades dadas a los agricultores, tras la disminución de las vinculaciones y mayo-

razgos (doctrina liberal), cierto relajamiento de las cargas feudales y otras medidas de naturaleza semejante, surge en Galicia una amplia clase media rural, propietaria unas veces, aparceros o foratarios en la mayor parte de los casos, pero que gozaban de gran seguridad a largo plazo en el cultivo de las tierras como consecuencia de la limitación de los despojos que por ello tenían, además, la perspectiva de convertirse con el tiempo en propietarios. Se produce un notable incremento de la producción agraria, nacen abundantes industrias artesanas derivadas que se instalan *in situ* según los tipos de agricultura predominantes en cada comarca. Esta prosperidad provoca un aumento de la población, que según el ya citado Lucas Labrada, era en Galicia a final del siglo XVIII de 1.400.000 habitantes, frente a una población española de 10.409.879 (Censo de Floridablanca). Galicia representaba entonces el 13,45 por 100 de la población de España.

Es en esta etapa cuando Galicia se encuentra más densamente poblada relativamente al conjunto del país y su población más uniformemente repartida; debido esto último seguramente a la industria artesana extendida y asentada en función de las respectivas zonas de materias primas agrícolas. Comienza entonces una larga etapa de florecimiento de la vida rural de Galicia, que con las fluctuaciones propias de circunstancias temporales iba, no obstante, a perdurar por casi dos siglos.

No sólo todo lo necesario para la alimentación, sino que también la confección del vestido y los instrumentos de trabajo, etc., constituye una prolongación de la actividad agraria y se elaboran *in situ* por artesanos integrados en el campo y al servicio del campo.

El cultivo del lino y del cáñamo, con su posterior elaboración, constituyen en aquella época una importante industria textil en Galicia, extendida por los diversos núcleos de población; existían abundantes telares que producían lienzos de mucho renombre y que daban trabajo a muchas personas, preferentemente a trabajadores femeninos.

El lino que se produce en Galicia es estimado como uno de los mejores de toda Europa, y del cáñamo se decía que ningún país era más apropiado para esta producción, si bien no estaba tan extendida como la del lino.

Notable importancia adquirió también el cultivo de la seda, según consta en las actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago de Compostela (29 de mayo de 1784),

en donde consta que en toda la cuenca baja del Sil, hasta su confluencia con el Miño, existe una importante producción de seda, así como en el valle de Lemos, especialmente en la ribera del Cabe. Todas las comarcas ribereñas citadas y la parte baja del Miño están cubiertas de moreras en las que se crían gusanos de seda. Este cultivo es también elaborado fundamentalmente por mujeres. Al parecer, los productos de Valdeorras son los mejores y en el valle de Quiroga y Caldelas existe una importante artesanía femenina, incluso de fabricación de medias. Otros muchos oficios y menesteres existían entonces y en los mismos hallaban trabajo gran número de personas cuyos productos artesanos abastecían no sólo a la agricultura, sino también a las villas y ciudades.

La combinación de esta actividad agraria y artesana durante la larga etapa del florecimiento del mundo rural galaico constituyó en el pasado un cuadro social de indudables atractivos, a pesar de su dureza. Autarquía casi total en un mundo cerrado en sí mismo que se bastaba a sí mismo, porque todo salía de la madre tierra con el ritmo inflexible y eterno de la naturaleza. La seguridad del agricultor y de sus descendientes era estabilizada por ese intercambio orgánico e intermitente entre el trabajo del hombre y su entorno natural. De ahí proviene el amor a la tierra y el culto a la propiedad de la misma. El modo de vida de los antepasados era un pretérito que permanecía y el futuro constituía algo idéntico a un presente alejado en el tiempo, que podía preverse con exactitud y que se deseaba semejante al pasado.

Este era el gran proceso estacionario, en permanente equilibrio estable, enraizado en la simbiosis del campesino gallego con su medio natural, al que se sentía profundamente unido y que por nada estaba dispuesto a abandonar. Cuando circunstancias como la emigración lo apartaban temporalmente de modo físico, pero no psicológicamente, volvía a él tan pronto como las circunstancias se lo permitían, reintegrándose a un estilo de vida del que sentimentalmente nunca se había apartado.

Es en este medio donde se encuentra la cultura autóctona de Galicia en su dimensión más espontánea. El abandono de nuestras tradiciones y la quiebra del cuadro de valores en que reposaban es quizá el hecho más importante de la vida rural gallega del presente. Y da la impresión de un cambio psicológico fundamental que los poderes públicos y las clases urbanas desconocen.

La vida rural gallega se encuentra en franco deterioro. Los que aún forman parte de ella constituyen un residuo del pasado. Forman una clase que va extinguiéndose gradualmente y desapare-

cerá totalmente en el próximo cuarto de siglo. Todo el esfuerzo y todo el interés de las clases rurales, principalmente de los más jóvenes, no reside en mejorar la vida rural, sino en salir de ella, en abandonarla.

Este es el hecho primario del que conviene partir cuando se pretende buscar una comprensión elemental en la economía rural de Galicia. Los lazos indisolubles que aglutinaban en el pasado la sociedad agraria se desataron todos juntos y el mundo rural gallego del futuro se tendrá que construir encima de nuevos cimientos, y que ofrezca análogas oportunidades culturales, en el campo y la ciudad, las mismas opciones ante la vida y también condiciones semejantes en lo referente a calidad de vida dentro del contexto general urbano-industrial.

Sin estas condiciones, sin tratar de llegar a estos objetivos, creo que el mundo rural gallego no podrá sobrevivir; existe una fuerza irresistible que a falta de una definición comprensiva podríamos llamar ilusión urbana que arranca la juventud rural hacia el sector urbano industrial, y no sólo por el estímulo de una mejor retribución, sino también porque se trata de un deseo de cambiar de vida; creo que esta crisis, sin precedentes en el mundo rural gallego, es el final de un ciclo secular de vida campesina, y constituye el preludio de tránsito a una nueva agricultura; forma de integración global que tiende a incorporar a los trabajadores agrícolas a todas las ventajas derivadas del desarrollo económico y cultural que son comunes en el sector urbano industrial.

En definitiva, caminamos hacia el final de una cultura por absorción de las formas rurales en la vida urbana.

Durante muchos siglos la economía rural gallega no solamente fue cuantitativamente la más importante, sino también la receptora inmovible de la genuina cultura de Galicia. La base más firme de la cultura autóctona de Galicia.

Las ciudades, es decir, el sector urbano, constituye una estructura superpuesta construida por la asimilación de las formas económicas y culturales exógenas. Por eso el campo y la ciudad constituyen dos esferas yuxtapuestas y aun contrapuestas de muy difícil articulación entre ellas.

Cierto que la economía urbana, en un notable porcentaje, está montada sobre la producción y las necesidades de esta capa social primaria que es su entorno rural. Pero se monta sobre el

hecho de que el sector rural se pone al servicio del sector urbano y que el sector urbano está al servicio del campo sólo en un grado muy pequeño, en la medida que le permite subsistir; esto quiere decir que, por un lado, la economía urbana en Galicia es en alto grado parasitaria de la economía rural y las relaciones urbano-rurales son relaciones de dominio más que relaciones de igualdad y cooperación.

Este dualismo, por no decir antítesis, entre el campo y la ciudad en Galicia, a falta de una integración y colaboración equitativa en el plano material y cultural, constituye, sin duda, una de las grandes rémoras internas al progreso económico de Galicia.

Pasando por alto las implicaciones sociológicas y culturales de todo género que la escisión del mundo gallego en el binomio campo-ciudad lleva consigo, vamos a situarnos ya en un terreno estrictamente económico para ver cuáles son las características de los sectores de la actividad; para ver cuál es la posición del mundo rural y del mundo urbano dentro de la sociedad gallega en su conjunto podemos identificar la economía rural como la integrada por el conjunto de personas que viven en el campo, trabajan únicamente en la agricultura y viven sólo de ella. En definitiva, la población rural de Galicia es la ocupada en el sector primario (a excepción de la ocupada en la pesca, de la que no voy a ocuparme) y la economía urbana que comprenderá todas las demás personas en las que la fuente de renta y la esfera de actividad está constituida por la industria y los servicios de todo género. Veremos que sustancialmente los desequilibrios económicos entre estas dos grandes formaciones sociales son, en el fondo, desequilibrios sectoriales. Lo primero que salta a la vista es que sigue siendo abrumadora la proporción, en términos cuantitativos, del sector primario sobre los otros dos, y existe un fuerte condicionamiento económico del sector industrial y del sector servicios por el sector primario; pero esta fuerte preponderancia del sector primario dentro del conjunto total de la economía gallega, en términos de flujos reales de producción, y la población asociada al mismo, no implica una participación paralela, considerando la cuestión en términos de ingresos monetarios. Hay, pues, una disparidad manifiesta, una asimetría notable entre la entidad de las relaciones de producción y de las relaciones de distribución que de los mismos se derivan. Seguidamente trataremos de corroborar estas proposiciones a la luz de los indicadores que reflejan la evolución de las macromagnitudes y sectores económicos de la economía de Galicia.

En un punto anterior de esta exposición hablamos de periferia y de los centros en el proceso del desarrollo económico. Galicia quedó históricamente reducida a un trozo de periferia con relación a los núcleos industriales y financieros del país. Pero, al mismo tiempo, dentro de la propia región, las zonas rurales constituyen la periferia de los centros urbanos de Galicia. Y el fenómeno fundamental que surge en el conjunto de relaciones económicas que se generan entre los centros dinámicos y la periferia es siempre el mismo: emigración de recursos productivos y grandes transferencias de renta y de riqueza a través de la relación real de intercambio, y el sistema de precios. En definitiva, tiene lugar una explotación encubierta, pero permanente, a favor de los centros económicos, que por ser tales ostentan posiciones de privilegio y de poder. Es esto, en mayor o menor medida, lo que viene sucediendo entre el conjunto de la economía de Galicia y los centros de poder económico del país, por un lado; entre las zonas rurales de Galicia y los centros urbanos de la misma región, por otro lado.

Tal es la verdadera descripción de un importante fenómeno que resulta estadísticamente constatado por la visión comparativa de las tasas de crecimiento de la producción y del empleo en la región y en la totalidad del país, dada la estructura por sectores de ambas magnitudes, así como las relaciones intersectoriales dentro de la economía gallega y la economía nacional.

No se puede desconocer que en los últimos diez años se vienen ensayando medidas de política económica para remediar el problema de los desequilibrios regionales, y, en concreto, para promover el desarrollo económico de Galicia. No obstante, los resultados hasta ahora no fueron demasiado prometedores.

En 1964 se comenzó la programación económica global en España con el Primer Plan de Desarrollo y se crearon como medios específicos de acción regional los polos de desarrollo de La Coruña y de Vigo. Teniendo en cuenta que la participación de Galicia en el producto nacional era del 5,86 por 100 al principio de la vigencia del plan y de sólo el 5,76 por 100 al final del cuatrienio de vigencia del mismo y que las tasas de crecimiento acumulativo global en Galicia y en el conjunto del país fueron por término medio en los cuatro años mencionados del 5,7 por 100 y del 6,29 por 100, respectivamente, queda bien claro que la política económica introducida por la planificación en España no cambió el signo de la economía secundaria que Galicia venía ostentando respecto de la economía nacional. En los cuatro años

siguientes, con el Segundo Plan de Desarrollo que añade a los dos existentes el polo de Villagarcía, el resultado es semejante. El Tercer Plan de Desarrollo abandona la idea de los polos de desarrollo y crea la Gran Area de Expansión Industrial, que comprende seis zonas. Cuatro de las cuales son espacios adyacentes a otras tantas ciudades del litoral: Ferrol, Coruña, Villagarcía de Arosa (hasta Santiago de Compostela) y Vigo. Las dos restantes se configuran en el entorno de las dos capitales de provincia del interior de Galicia: Lugo y Orense. La extensión de la Gran Area, es decir, el espacio regional en el que se aplican los estímulos fiscales y crediticios a la industria, comprenden una superficie total regional de 2.990.000 Hectáreas. Y aunque no puede negarse que la Gran Area de Expansión Industrial refleja una visión más amplia de acción regional que los polos de desarrollo, no deja de ser un método de propulsión parcial y discriminatorio y que no puede conducir a un desarrollo regional de pleno contenido ni probablemente ha de apoyar un crecimiento eficaz y homogéneo, porque protege exclusivamente partes del territorio regional, previamente circunscrito, lo que supone cortar de raíz las iniciativas aisladas y someter el propio desarrollo a una camisa de fuerza caprichosamente confeccionada.

Analizando de nuevo algunas magnitudes significativas, nos encontraríamos con que, pese a todos los esfuerzos y las intervenciones del Estado señaladas, los resultados son como sigue:

En 1973 la participación de la renta regional en la renta nacional fue del 5,5 por 100, lo que significa que las consabidas disparidades en el ritmo de crecimiento regional continúan sin variar de tendencia. La productividad media por persona ocupada fue para la región gallega en 1971 de 119.700 pesetas, mientras que la productividad media nacional alcanzó el mismo año un nivel de 192.700 pesetas. Lo que equivale a decir que la productividad media gallega supone el 62,1 por 100 de la productividad media nacional; clara tendencia regresiva también, puesto que en 1967 la productividad media en Galicia era el 68,1 por 100 de la nacional.

Todos estos son índices que conviene valorar sin perder de vista el hecho de que la región gallega representa el 7,8 por 100 de la población y el 5,8 por 100 de la superficie geográfica del país. De igual forma es fácil constatar que la composición a escala regional de los diferentes sectores es muy distinta, como

se deduce del cuadro comparativo de las siguientes magnitudes que reflejan el peso relativo de estos sectores.

Sectores	Valor total de la producción		Valor añadido bruto	
	Galicia	España	Galicia	España
Primario	29,2	11,9	25,9	13,5
Secundario	41,8	54,2	29,8	35,6
Terciario	29,8	33,9	44,3	50,9
	100,0	100,0	100,0	100,0

De acuerdo con el carácter histórico de la economía de Galicia, el peso fundamental corresponde al sector primario, es decir, a la esfera rural de la economía gallega. Este peso específico tan importante del sector agrario conserva su importancia relativa a nivel nacional, ya que aporta el 10,2 por 100 al producto añadido bruto generado por la agricultura española. En comparación con éste, los otros dos grandes sectores poseen mucha menor importancia dentro del contexto nacional, pues ninguno de los dos llega a suponer el 5 por 100 del valor añadido bruto del sector industrial y de servicios referidos al conjunto del país. La deficiente industrialización de Galicia se pone de manifiesto aún más por el hecho de que este sector tiene un peso relativo menor aún que el sector servicios, lo que demuestra la fuerte burocratización del sector urbano de la economía gallega.

Los anteriores indicadores macroeconómicos constituyen una verificación cuantitativa de una doble circunstancia, que desde el principio tratamos de resaltar, y es, a saber: que las medidas de política económica puestas en práctica hasta el momento no pudieron cambiar el ritmo atrasado de la economía gallega respecto del dinamismo de la economía nacional, y, por otro lado, queda también de manifiesto la amplia base agraria de la economía de Galicia en términos de recursos materiales y humanos, aunque la población no reciba una contrapartida proporcional en términos de renta monetaria, debido al hecho, ya citado, de que la naturaleza del intercambio entre el estamento urbano y el estamento rural es netamente desfavorable para éste último. Falta por señalar al respecto la distribución de la población activa y la producción neta por sectores, y salta a la vista la desigual retribución de la población rural y urbana de Galicia por el sistema productivo.

Año 1970

Distribución de la población activa por sectores en Galicia

<i>Sectores</i>	<i>Población activa</i> %
Primario	49
Secundario	23
Terciario	28
	<hr/> 100

Distribución de la producción neta por sectores en Galicia

<i>Sectores</i>	%
Primario	26,8
Secundario	28,5
Terciario	44,7
	<hr/> 100

Es decir, que en 1970 el 49 por 100 de la población activa que corresponde al estamento rural recibió solamente el 26,8 por 100 del producto neto regional. Mientras que el 51 por 100 de la población activa de Galicia o, lo que es lo mismo, la que corresponde al estamento urbano, percibió el 73,2 por 100 del producto neto regional. Esto equivale a decir que prácticamente el gallego urbano medio percibe tres veces más renta que el gallego rural medio. Las cifras no pueden ser más elocuentes y eximen de todo comentario posterior.

Si damos un paso más en el examen del sistema productivo de la región gallega, conviene penetrar en su estructura interna, es decir, conocer las interrelaciones entre los sistemas productivos de la misma.

Haremos a continuación un sincero examen de las relaciones intersectoriales de la economía gallega; según el modelo del *input-output*, de W. Leontief. Como es bien sabido, los datos en que se basa el análisis *input-output* son los flujos de bienes y servicios que se producen entre los sectores de la economía durante un período de tiempo, digamos de un año. Las transacciones que tienen lugar entre los diferentes sectores de la econo-

mía, reflejadas en la tabla *input-output*, nos descubren cuál es la estructura interna del sistema económico.

Por tanto el análisis *input-output* constituye algo así como la radiografía de la estructura productiva de una economía. De hecho, si queremos utilizar la tabla como un instrumento analítico, hemos de transformarla en una matriz de coeficientes técnicos, o sea, los ratios entre los *inputs* de cada sector y su *output* total. Ello mostrará una especie de receta de cuál es la participación de cada uno de los sectores en la producción del propio sector y de todos los demás.

Por eso, de una rápida visión, aunque sea superficial, de las relaciones intersectoriales, se pondrá de manifiesto de qué forma los sectores productivos de la economía gallega se articulan entre sí y con la economía del resto del país. Tomamos como fuente la información facilitada por la obra *Situación actual y perspectivas del desarrollo de Galicia*, tomo IV (publicación del Fondo para Investigación Económica y Social, de la Conferencia Española de Cajas de Ahorros, Madrid, 1975).

De acuerdo con la mencionada fuente, la matriz de coeficientes técnicos correspondiente a la economía gallega referida al año 1970 es la siguiente:

	Primario	Secundario	Terciario	
Ag =	0,4192	0,1024	0,0034	Primario
	0,0804	0,2802	0,0781	Secundario
	0,0132	0,0780	0,1224	Terciario

Y una matriz de coeficientes técnicos de la economía española de 1965.

	Primario	Secundario	Terciario	
An =	0,3451	0,0958	0,0226	Primario
	0,1042	0,3871	0,0778	Secundario
	0,0453	0,0780	0,1527	Terciario

La consideración por filas de la parte interna de la tabla *input-output* indican las salidas o ventas de cada sector a los demás sectores de la economía (demandas intermedias). Por ejemplo, en la economía gallega referida al año 1970, el sector primario entrega a la Demanda intermedia bienes por valor de 35.423,5 millones de pesetas, de los cuales 9.120,3 millones son adquiridos

por el sector secundario, tal y como lo reflejan los coeficientes técnicos correspondientes; el *input* suministrado por el sector primario al secundario representa una proporción de 0,1024 por unidad de producto industrial.

La suma de los valores de los coeficientes técnicos pertenecientes a una misma fila indican los incrementos necesarios en la demanda intermedia para incrementar en una unidad el valor de producción de cada sector. Por consiguiente, siendo la suma de las filas de la matriz de coeficientes técnicos de Galicia y España respectivamente la que sigue:

<i>Sectores</i>	<i>Galicia</i>	<i>España</i>
Primario	0,5250	0,4435
Secundario	0,4387	0,5691
Terciario	0,2136	0,2760

Se concluye que, para aumentar en Galicia la producción del sector agrícola en una unidad, es necesario que la agricultura venda 0,5250 a todos los sectores; que para aumentar una unidad el producto del sector industrial se necesita que la industria venda 0,4387 unidades a los tres sectores, y para que el sector servicios aumente en una unidad es necesario que este sector venda 0,2136 unidades a todos los sectores productivos.

De la comparación de estos datos con los que se reflejan en el cuadro anterior para la economía española resulta que en Galicia todos los sectores productivos son altamente dependientes del sector agrícola, en mucha mayor medida que en el conjunto de la economía nacional, según se refleja en los valores del cuadro anterior. Por el contrario, en los demás sectores, el industrial y el de servicios, las transacciones interproductivas son mucho más débiles que a nivel nacional. Entonces queda bien patente que el mecanismo productivo gallego presenta en los sectores industrial y de servicios una fuerte dependencia de la demanda final, por una parte, y, asimismo, una importante dependencia del sector primario, por otra parte. A la inversa, el sector primario refleja una enorme dependencia de sí mismo y una dependencia muy escasa de los otros dos sectores, a saber, el secundario y terciario. Esta es una conclusión que confirma el hecho de experiencia inmediata consistente en que la producción rural de Galicia constituye la más amplia base de la economía galaica y que, además, la producción agrícola es altamente autárquica, mientras que la actividad industrial y de servicios está fuertemente condicionada

por una doble dependencia: con la agricultura regional y con la producción externa.

Considerando las sumas de los coeficientes técnicos correspondientes a las columnas de las matrices que son objeto de nuestro examen, obtenemos la proporción del valor total de la producción del sector generada por la aportación de los sectores productivos del sistema. La diferencia hasta la unidad indica la necesidad de importar del resto del país o del exterior materias primas y los pagos por salarios, beneficios, amortizaciones, impuestos, etc

Las sumas de los coeficientes técnicos son:

<i>Sectores</i>	<i>Galicia</i>	<i>España</i>
Primario	0,5128	0,4946
Secundario	0,4606	0,5609
Terciario	0,2039	0,2331

Datos que confirman, desde otro punto de vista, las conclusiones anteriores: a) Escasa integración de sistema productivo regional; b) Fuerte dependencia del exterior, sobre todo en lo que se refiere al sector secundario y terciario y, asimismo, autarquía del sector primario.

Una rápida visión, análoga a la anterior, pero realizada sobre los elementos de la matriz inversa, proporciona información de la cuantía en que debe aumentarse la producción del correspondiente sector al aumentar una unidad la demanda final correspondiente a cada uno de los sectores productivos del sistema. Veámoslo a continuación:

MATRIZ INVERSA DE LA ECONOMIA GALLEGA (1970)

$$(1 - Ag)^{-1} = \begin{array}{ccc} 1,3765 & 0,2865 & 0,0182 \\ 0,2086 & 1,4613 & 0,1292 \\ 0,0097 & 0,1257 & 1,1720 \end{array}$$

MATRIZ INVERSA DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA EN 1965

$$(1 - An)^{-1} = \begin{array}{ccc} 1,5683 & 0,2488 & 0,0278 \\ 0,2805 & 1,6954 & 0,1568 \\ 0,1097 & 0,1693 & 1,1961 \end{array}$$

La suma de los elementos de las filas de las matrices inversas para la economía de la región gallega y para la economía española son las siguientes:

<i>Sectores</i>	<i>Galicia</i>	<i>España</i>
Primario	2,1812	1,8449
Secundario	1,7991	2,1327
Terciario	1,3074	1,4751

Las cifras consignadas para la región indican que para incrementar en una unidad la demanda final de cada uno de los sectores de la actividad económica se necesita más producción primaria que industrial y de servicios.

Observando a su vez las cifras correspondientes a la matriz inversa, se aprecia que el abastecimiento de la demanda final por el sistema económico nacional exige menos producción agrícola y más producción industrial y de servicios, índice de que la situación de la economía nacional es más desarrollada que la economía gallega, o lo que es igual, es una economía más urbanizada.

Del análisis por columnas de la matriz inversa se infiere que la suma de los elementos de las columnas representa la cuantía en la que debe incrementarse la producción total para aumentar en una unidad la producción de cada uno de los sectores; indica el esfuerzo productivo del sistema para aumentar en una unidad la demanda final de cualquiera de los tres sectores. Estas sumas por columnas se expresan a continuación:

<i>Sectores</i>	<i>Galicia</i>	<i>España</i>
Primario	2,0948	1,9585
Secundario	1,8735	2,1135
Terciario	1,3194	1,3807

Que por enésima vez verifica la hipótesis de la debilidad de las interrelaciones de los sectores secundario y terciario, o lo que es lo mismo, su falta de integración y su notoria rigidez, así como la alta dependencia estructural de todo el sistema económico regional al sector agrario del mismo. Por otra parte, la disparidad de valores con la economía nacional acusa ostensiblemente el hecho de que la economía gallega sigue siendo un subsistema diferenciado dentro del sistema económico nacional.

Hasta aquí hemos examinado la agricultura gallega en términos cuantitativos, pero conviene añadir ahora algo sobre la fisonomía particular del campo en Galicia y de la vida rural, para completar así con ciertas notas cualitativas las grandes líneas de la economía agraria galaica. Y es precisamente la forma de asentamiento de la población labriega, juntamente con la dispersión de las parcelas que integran la explotación agraria, lo que imprime a la vida rural de Galicia un carácter único y sin igual en España. El habitante rural de Galicia no se aglomera en núcleos de población perfectamente deslindados, sino que la forma de asentamiento es muy peculiar; podemos decir que representa una manera de confundirse el hombre y la naturaleza y en muchos casos las moradas campesinas están tan diseminadas a lo largo del territorio que entre unas demarcaciones y otras no existe solución de continuidad. En el mundo rural galaico no se encuentran grandes espacios desprovistos de habitantes, como suele ocurrir con frecuencia en la Meseta Castellana. Las casas de labor aparecen unas tras otras, a pequeñas distancias, y dan la impresión de ejercer una vigilancia permanente sobre cada pedazo de tierra, particularmente de la tierra de labor, circunstancia que pone de relieve el hecho de que la agricultura tradicional de Galicia necesita día a día las atenciones y cuidados de sus moradores.

Esta dispersión convivencial a lo largo de siglos quizá haya influido excesivamente en el profundo amor del hombre a la tierra circundante, que no solamente constituye su medio material de vida, sino también su proyección vital. Influye también en el culto a la propiedad de la tierra, cuyo valor ha sido y todavía es hoy con frecuencia muy superior a lo que resultaría de un objetivo cálculo de rendimientos; asimismo, determinó en buena medida el carácter introvertido del campesino gallego, hombre replegado sobre sí mismo, perspicaz y prudente en sus decisiones, que imita con su ponderación y equilibrio el proceso mismo de la naturaleza con la que está tan estrechamente unido.

Una irrenunciable adhesión a la tierra, reforzada, además, por la tradicional falta de puestos de trabajo industriales, que no dejaban otra alternativa que la permanencia o la emigración, contribuyó mucho a la estructura minifundista de la propiedad rústica imperante en Galicia.

Existen en la región 433.000 explotaciones, con 22 parcelas por explotación en términos medios, y una superficie promedio de un cuarto de hectárea por parcela. La distancia entre las

parcelas de una misma explotación es frecuentemente grande, de 10 a 15 kilómetros, en muchos casos. Semejante fraccionamiento y dispersión implica evidentemente un sobrecoste en el cultivo que contribuye notablemente a deprimir la productividad.

La dispersión de los predios se acompasa con la dispersión de la población; existen en Galicia alrededor de 32.714 núcleos rurales o aldeas que, aunque muchas de ellas sean de ínfimo tamaño, suponen un número igual a la totalidad de las existentes en el resto del país, y recordemos que Galicia representa solamente un 5,8 por 100 de la totalidad del territorio nacional. Estos núcleos o lugares se agrupan en parroquias, demarcación de base sociológica y eclesiástica, pero con auténtica entidad natural, sobre las que se sobrepone un esquema jurídico administrativo que constituye los municipios.

Este minifundismo o dispersión territorial, juntamente con el minifundismo o dispersión convivencial, convierte en extremadamente costosa cualquier actuación tendente a ordenar el territorio y a su acondicionamiento; por ello se encuentra absolutamente desprovisto todo el mundo rural gallego de las infraestructuras más necesarias: tales como carreteras, abastecimiento de aguas, suministro de energía, telecomunicaciones, etc.

La consecuencia de todo ello no podía ser otra que una gran descapitalización pública y privada del campo. La descapitalización pública de la economía rural galaica es la manifestación extrema de la centralización del gasto público característica de España. Ciertamente que la centralización del gasto se manifiesta en una especie de círculos concéntricos: acumulación de gastos en el centro con respecto a la periferia, y, en segundo lugar, acumulación del gasto en los centros urbanos industriales con respecto al contorno rural. Este centralismo de segundo grado tiene una expresión muy enérgica entre los núcleos urbanos y la periferia rural; las Haciendas Locales en España conservan todavía el residuo histórico de la prestación personal que se exige a los habitantes rurales y solamente a ellos para la realización de algunos servicios comunes, como, por ejemplo, caminos vecinales, alumbramiento de aguas, etc.

Naturalmente que esto refleja el hecho de que en el espíritu mismo de la Hacienda municipal reside la concepción de que el gasto público local es gasto urbano y nada más. He aquí el hecho justificativo de que los escasos bienes públicos existentes en el campo constituyen una acumulación de trabajo gratuito facilitado

por los propios campesinos. Por consiguiente, el flujo fiscal de ingresos y gastos públicos es otro proceso que tiende a descapitalizar la economía rural.

Por las razones anteriores, resulta obvio que la inversión privada afluya al campo solamente en contadas circunstancias; de un lado, porque el sector público no ha creado infraestructuras ni siquiera elementales; de otra parte, porque la estructura jurídica de la propiedad y su dimensión inadecuada impide una explotación empresarial razonable.

Cierto que la forma históricamente preponderante de la explotación agrícola es la dimensión familiar; la explotación agrícola familiar, centro del mundo rural gallego, constituye a la vez la unidad de consumo y la empresa agraria, y esta institución, que reúne el conjunto de inmuebles e instrumentos de trabajo necesarios, sigue siendo el centro de gravedad del mundo rural gallego. La explotación familiar posee, además de un contenido económico, un carácter ético y comunitario que le confiere un arraigo especial y un valor que va más allá de la rentabilidad para transformarse en una forma peculiar y autónoma de vida: autoabastecimientos, identidad con el pasado y, en suma, un cierto fetichismo social que constituye un aglutinante fundamental de la vida agrícola en Galicia; por eso, este tipo de explotación, mezcla de agricultura y ganadería, no se orienta directamente al mercado ni a la rentabilidad, sino a la simple cobertura de necesidades. Lo que a lo largo del tiempo otorgó una invariable estabilidad a la economía rural de Galicia no ha sido, por supuesto, el mero cálculo utilitario, sino la adhesión a una forma de vida profundamente sentida y generalmente aceptada. En este contexto la división del trabajo es muy precaria. No hay ningún otro sector de actividad más compleja que la del labrador independiente; es cultivador de frutos, plantas, ganado, artesano, artífice de sus propios instrumentos de producción, de muchos de sus bienes manufacturados, ejecutor de sus propias decisiones y responsable de todas las iniciativas que se toman en su propia empresa. En resumen, la economía agraria de Galicia, en su gran mayoría, es un reducto característico de una peculiar forma de vida tradicional. Es un residuo de lo que se podría llamar la civilización de la paciencia, de la seguridad y de la permanencia que constituyen una especie de antítesis de la civilización, de la ansiedad que es la típica de la vida urbano-industrial del momento presente.

Mas está fuera de duda que este tipo de mundo está llegando a su fin. Hoy día es un hecho evidente el abandono gradual de la

vida del campo, ya sea a través de la emigración al extranjero o al interior, o por simple cambio de actividad. Esto es un hecho irreversible. El problema está en que un sustitutivo viable aún no se ve con claridad en el horizonte.

Ya hablamos anteriormente de las medidas de política económica regional en los últimos doce años, pero no nos referimos a medidas concretas relativas al ámbito rural, aunque las hubo, ciertamente.

Sobre todo a partir de 1964 con el primer Plan de Desarrollo, se emprendieron en la agricultura gallega acciones públicas estructurales de importancia, referidas fundamentalmente a planes de regadío y saneamiento; tales como el Plan Ulla, en la provincia de La Coruña, que pretende transformar en regadío un total de 2.656 hectáreas; el Plan del Valle de Lemos, en la provincia de Lugo, con una superficie a transformar de 4.875 hectáreas; el Plan de la Laguna de Antela, en la provincia de Orense, que precisa transformar una superficie de 9.100 hectáreas; ciertamente, en estos proyectos se realizaron cuantiosas inversiones, cuya rentabilidad es dudosa por lo general.

La eficacia de las actuaciones choca, como se puede suponer, con la pequeñez y fragmentación de las explotaciones y porque las obras de este tipo que se llevan a la práctica implican para su buen funcionamiento la reforma integral de la zona, que supone, entre otras cosas, la concentración parcelaria y la ordenación rural.

La concentración parcelaria es una condición *sine qua non* para la reorganización de la agricultura en Galicia. La idea que inspira la concentración es válida y su futuro no ofrece dudas. Los trabajos realizados hasta ahora hay que reconocer que son muy meritorios, pero chocan en todas partes con dificultades enormes debidas al régimen jurídico de la propiedad y a la estructura de asentamiento de la población, lo que del lado económico implica lentitud y elevados costes. La superficie concentrada hasta ahora sobrepasa ya las 100.000 hectáreas.

La ordenación rural, por su más amplio contenido, es otra línea de actuación irrenunciable para mejorar la estructura del campo gallego. Las actividades de la ordenación rural se extienden a unas 170.000 hectáreas y afectan a unos 135.000 habitantes, pertenecientes a siete comarcas de Galicia. Estas comarcas son: Ames-Brión, valle del Dubra y Padrón, en la provincia de La Coruña; Pastoriza y Nordeste, en Lugo; La Limia, en Orense, y

La Estrada, en Pontevedra. Como los mismos habitantes de las mencionadas comarcas reconocen, las posibilidades de la ordenación rural en Galicia son inmensas, pero el tiempo y el coste que suponen son, al mismo tiempo, colosales.

El apoyo público a las formas de agricultura asociativa constituye otro mecanismo de importancia primordial para potenciar la transformación del medio rural gallego. Todo el éxito dependerá del buen sentido y del realismo con que la operación se lleve a cabo en la práctica. El querer ir demasiado lejos quizá constituya uno de los más grandes peligros. El cooperativismo debe asentarse sobre las condiciones actuales del campo gallego y tener muy en cuenta el enraizamiento de la explotación familiar y de la autonomía individual que conforma la psicología del individuo. Si acaso, lo más factible sea una forma de cooperativismo parcial. Las cooperativas de producción con explotación de tierra en común es probable que estén condenadas al fracaso. Puede que la cooperación sea posible para la transformación y comercialización de los productos, así como para la adquisición de semillas, abonos, maquinaria, etc... Para la ordenación de los cultivos adecuados y para la ayuda técnica y crediticia respetando la autonomía y la libre decisión, y, por tanto, el asumir una responsabilidad sustancial a nivel individual sea un compromiso óptimo entre la iniciativa individual y colectiva de mucho porvenir en el campo gallego. De todo esto saldrá indudablemente reforzado el poder negociador del agricultor, que tradicionalmente fue doblemente explotado por parte de los compradores de los productos que vende y por parte de los proveedores de aquellos otros que compra. En este sentido, la filosofía sobre la que se instrumentó la Unión Territorial de Cooperativas del Campo de Orense (UTE-CO) es extraordinariamente acertada y de gran porvenir. Desconozco el mecanismo interno de esta organización y, por tanto, no puedo juzgar los resultados concretos. Al fin, el éxito o fracaso de cualquier institución no depende de la idea que encarna, sino de la autenticidad con que se ejecute esta idea y de la competente gestión del organismo.

Por último, la aplicación de la Seguridad Social al campo en los últimos años, especialmente desde 1970, está evolucionando gradualmente, desde la inexistencia práctica, hasta una aproximación cada vez mayor al régimen de seguridad total; y esto constituye en el terreno de los principios no solamente una lógica medida económica, sino también, lo que aún es más importante, una imperativa exigencia de justicia con los trabajadores rurales.

Ante la imposibilidad del sector agrario para costear su propia seguridad social, el Estado tuvo que abandonar su habitual pasividad y aportar grandes subvenciones al régimen especial de la Seguridad Social, creándose una corriente de transferencias del Régimen General de la Seguridad Social al R. E. A. S. S. Estas transferencias de fondos tienen una plena justificación económica desde el punto de vista redistributivo, ya que, en realidad, no hace más que reparar en alguna medida la absorción de rentas agrarias por el sector urbano-industrial, absorción que, como se ha dicho, va implícita en la relación de intercambio entre los sectores. Otro tanto puede decirse de la aportación presupuestaria que se justifica por idénticos motivos. No obstante, la aportación estatal es débil, pues se reduce a un 18,53 por 100 del montante global del conjunto de prestaciones del régimen de la Seguridad Social agraria, mientras el régimen general de la Seguridad Social soporta un déficit de financiamiento de un 31,86 por 100.

Por el contrario, la aportación financiera de trabajadores y empresarios al fondo de la Seguridad Social agraria, que supone un 29,25 por 100, con tendencia a descender, constituye un enorme despropósito en Galicia y una flagrante discriminación contra la agricultura gallega. En efecto, las pequeñas e ínfimas explotaciones familiares agrícolas, que constituyen más del 80 por 100 de las existentes en Galicia, están, a efectos de pago de cuotas, calificadas de «empresa», como si se tratase de los grandes latifundios de otras zonas de España, sobre todo, del Centro y Sur. Las cuotas empresariales se distribuyen según un criterio ficticio de asignación a las distintas clases de tierra y cultivo, de acuerdo con índices de empleo de mano de obra (asalariados), llamadas jornadas teóricas; presunción que puede tener sentido en la gran propiedad, pero resulta disparatada en Galicia, donde la explotación se realiza, en mayoría abrumadora, por cuenta propia, y los asalariados en estas explotaciones no existen. No obstante, el titular de la explotación se verá obligado a cotizar en función de las llamadas (imaginarias) jornadas teóricas. Por esta causa la petrificada contribución rústica que grava un producto neto de muy dudosa existencia en las pequeñas explotaciones de Galicia y que está languideciendo por la fuerza de los hechos, reaparece ahora bajo la denominación de Seguridad Social, echando sobre el campesino una carga tan arbitraria y desprovista de equidad que desde el punto de vista de la distribución de la presión fiscal constituye un estupendo ejemplo moderno de captación digno de la Hacienda del Antiguo Régimen.

Esta es a grandes rasgos la situación actual de la economía rural gallega, tras una larga etapa de transformación interna y de los repetidos intentos de política económica y social llevados a cabo en los últimos quince años.

Ya se va aproximando el momento de finalizar y quisiera hacerlo resumiendo y sacando ciertas consecuencias a manera de conclusiones de todo lo que ya de alguna forma se dejó entrever a lo largo de la exposición, que de una forma breve podría sintetizarse en unos cuantos puntos principales:

1.º Que dentro de la economía gallega en su conjunto, como entidad específica dentro del más amplio cuadro de la economía nacional, existen aún dos subsistemas o subeconomías sustancialmente diferenciadas: la economía rural y la economía urbana.

2.º La economía rural y urbana constituyen en Galicia distintas y desconectadas formas de producción. La primera tiene su base en el sector primario, la segunda tiene su soporte en los sectores secundario y terciario. Las relaciones entre la esfera rural y la esfera urbana de la economía gallega no son simétricas ni equitativas, porque el poder de negociación o de transacción es muy desigual del lado rural y del lado urbano. El estamento urbano tiene un elevado poder de decisión entre la economía rural; en contraposición, el poder de decisión del estamento rural sobre la economía urbana es prácticamente nulo.

3.º La economía rural es un mundo autárquico y casi completo en sí mismo; muy vulnerable en el mercado y, por consiguiente, con grandes recelos cara a la división del trabajo y cara al intercambio. La economía urbana, por el contrario, se basa en una doble dependencia; dependencia de dominación sobre la economía rural porque las relaciones entre ambas son favorables a los intereses urbanos y una dependencia de subordinación extrarregional de la que tanto el sector urbano como los centros extrarregionales se benefician a corto plazo, pero de estas relaciones se derivan desventajas a largo plazo, que inciden indirectamente sobre el sector rural y sobre la economía regional en su conjunto.

4.º En el plano del proceso histórico de Galicia lo primario es la economía rural, y la economía urbana es un hecho «a posteriori». Esto explica que sea el mundo rural el principal depositario de la cultura autóctona de Galicia, entendida la cultura como manifestación espiritual de toda índole surgida de forma espontánea del genio popular. El mundo urbano es más bien un

subproducto de una aglutinación entre lo autóctono y lo asimilado del exterior.

5.º Que la economía rural de Galicia atraviesa actualmente una profunda crisis de desintegración que tiene su origen, de un lado, en razones de baja rentabilidad, pero también y sobre todo en un desapego de aquellos valores que en otro tiempo la fundamentaron. Hoy el problema que se plantea el joven campesino gallego no es la elección entre una vida rural mejor o peor, sino que la opción entre la juventud rural es acceder a la vida urbana y nada más. De aquí que frente a lo que será la economía rural del futuro yo sólo veo una doble posibilidad:

a) La absorción de la esfera rural por la urbana y la organización de un cultivo a distancia de forma semejante a lo que ocurre con las explotaciones industriales.

b) Un nuevo asentamiento de la población rural en núcleos diseminados, pero en todo caso provistos de servicios generales mínimos que hoy día sólo existen en las ciudades; como escribía hace poco tiempo un conocido autor (Harbison): «En nuestra época, cuando todos aspiran a mejorar su situación y cuando se extienden las comunicaciones colectivas, es indudable que los hijos de los campesinos no se resignan a pasar la vida en la agricultura tradicional, por poco que puedan evitarlo. La única solución verdadera consiste en modernizar la vida rural. Habrá que recurrir, por tanto, a medidas radicales desde el punto de vista de la productividad agraria y en atención al desarrollo de la comunidad rural mediante la construcción de caminos, casas, escuelas y muchos otros programas encaminados a hacer la vida rural no sólo más remunerativa, sino también más atractiva.»

6.º Los sectores secundario y terciario, que constituye la base productiva de la economía urbana, acusa en Galicia actualmente graves fallos estructurales y están débilmente integrados entre sí. Están sometidos a una fuerte dependencia y subordinación extrarregional, es decir, una subordinación externa al sistema de que forman parte. En este sentido un sistema industrial regional genuino no existe en Galicia, ya que, dada su estructura, puede considerarse como una serie de factorías o sucursales dentro de la región gallega.

7.º Se impone, por tanto, en el futuro un gran esfuerzo de coordinación horizontal y vertical del sector para que el sistema industrial regional se integre más entre sí, dependa menos de la industria extrarregional y mire más hacia la agricultura.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

- ANAYA SANTOS, GONZALO: *La depresión cultural gallega*. Galaxia, Vigo, 1970.
- GARCÍA LOMBARDEO, JAIME: *La agricultura y el estancamiento económico de Galicia en la España del Antiguo Régimen*, Edit. Siglo XXI de España, Editores, S. A., Madrid, 1973.
- LABRADA, LUCAS: *Descripción económica del Reino de Galicia*, Galaxia, Vigo, 1971 (edición original, imprenta Riesgo Montero, El Ferrol, 1804).
- OTERO DÍAZ, CARLOS: «La agricultura gallega ante el desarrollo» (volumen *Perspectivas de Galicia ante el II Plan de Desarrollo*), Instituto José Cornide, La Coruña, mayo-junio, 1968.
- OTERO DÍAZ, CARLOS: «Apariencia y realidad del desarrollo económico de Galicia» (volumen *Problemas y soluciones del desarrollo económico de Galicia*), Edit. Zero, Algorta (Vizcaya), 1972.
- RISCO, VICENTE: *Historia de Galicia*, Galaxia, Vigo, 1971.
- RODRÍGUEZ CASTELAO, ALFONSO: *Sempre en Galiza*, Akal, Madrid, 1976.
- SERVOLIN, GERVAIS y WEIL: *Une France sans paysans*, Editions du Seuil, 1965.
- PAZ ANDRADE, VALENTÍN: *La marginación de Galicia*, Edit. Siglo XXI, Madrid, 1970.
- CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS (Publicaciones): «Situación actual y perspectivas de desarrollo de Galicia» (cuatro tomos), Madrid, 1975.
- FUNDAÇÃO GULBENKIAN: «Análise e planeamento da exploração agrícola», Lisboa, 1964.

SUMMARY

The author of this article views Galicia as the foremost representative of Spanish economic periphery. Accordingly, there is a hidden, but permanent, exploitation in favour of the economic power centers that is true both at the national (Galicia versus the rest of the country) and the regional (rural Galicia versus urban Galicia) levels.

The comparisons between input-output coefficients' matrices for the economies of Galicia and Spain are the quantitative grounds for concluding that the rural and urban economies of Galicia have differentiated and unconnected modes of production: the rural economy being an almost self-sufficient world while the urban economy is based on a two-folded dependency (domination upon the rural economy and subordination to economic centers outside the region).

As young people are leaving their farming and rural backgrounds, the rural sphere will become absorbed by the urban one, with the consequent loss of Galicia's own culture, unless a comprehensive rural and regional planning is set up.

RESUME

Pour l'auteur de cet article, Galicia c'est la région la plus représentative de la périphérie économique espagnole. Et cela parce qu'il y a une exploitation en bénéfice des centres de pouvoir économique qui existe au niveau du pays (Galicia vers le reste de l'Espagne) et de la région (La Galicia rurale vers la Galicia urbaine).

La comparaison entre les matrices des coefficients input-output des économies de la Galicia et de l'Espagne est la base quantitative pour conclure qu'il y a deux différents modes de production dans cette région avec peu de relation entre eux: l'économie rurale est presque fermée en soi-même mais l'économie urbaine a de la dominance sur l'économie rurale et de la dépendance des centres de pouvoir économique en dehors de la région.

Plus en plus les jeunes gens abandonnent le monde rural qui est en train d'être intégré dans le monde urbain. Cela entraînera la perte de l'héritage culturel de la Galicia si une planification intégrale n'est pas mise en place dans cette région.

